

## 12. Determinados por Cristo más que por nosotros mismos

La posición equivocada de Pedro ante Jesús, cuando Él anunció la pasión, muerte y resurrección, vino dada de que Pedro no quería permitir al acontecimiento de Cristo determinarlo más de cuanto él quería determinar a Cristo. También Judas cometió su traición cuando se dio cuenta de que Jesús no correspondía a sus expectativas, a su sentimiento de las cosas. Solo que, a diferencia de Pedro, Judas no se limitó a oponerse al acontecimiento de Cristo: lo quiso destruir, banalizar, hacerlo totalmente irrelevante, cancelarlo. Pedro tuvo la franqueza de expresar a Cristo la objeción que sentía dentro de sí contra la forma de manifestarse el acontecimiento, y, por lo tanto, permitió al acontecimiento afirmarse, incluso contra él mismo, o contra lo que él creía ser. Y así, el acontecimiento de Cristo pudo investir de nuevo a Pedro con una fuerza aún más abrumadora. Y Pedro se dio cuenta de cuánto lo determinaba Cristo, determinaba su yo, sus relaciones, y toda la realidad, todavía más fuertemente que antes.

Cuando la vocación no influye en nuestra vida, el problema no es tanto lo que somos o no somos, sino el hecho de que el acontecimiento de Cristo muerto y resucitado no nos determina más que nosotros mismos. A veces me quedo desconcertado por las consecuencias extremas y locas de quien abandona una vocación. Pero cuando se mira de cerca, te das cuenta de que el verdadero problema no es la fragilidad, sino el hecho de que el acontecimiento de Cristo, que debería ser todo en la vocación, como el vientre de la madre para un feto, no ha determinado la conciencia de uno mismo y, por lo tanto, de todo, más que otros factores. Otros factores quizá muy nobles, pero que no coinciden con el acontecimiento de Cristo. “Cosas de la tierra”, como escribe san Pablo. “Si habéis resucitado con Cristo, aspirad a las cosas de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; *convertid el pensamiento* [utiliza el verbo *phronein*] a las cosas de arriba, no a las de la tierra” (Col 3,2).

Las “cosas de la tierra”, no quiere decir necesariamente cosas bajas, sin valor, despreciables. Sino cosas que no son el acontecimiento de Cristo. Están destinadas a recibir el céntuplo de su valor con el acontecimiento de Cristo, pero no coinciden con él. Pero ¿quién decide su valor? Nuestro corazón, nuestro yo que se deja determinar por el acontecimiento de Cristo más que por ellas, y así permite al acontecimiento de Cristo determinarlas, darles el sentido que tienen en función del todo, y el todo es Cristo resucitado.

Cuando se entiende que la loca infidelidad es fruto de esto, entonces comprendemos que ninguno de nosotros está vacunado contra estas consecuencias extremas, porque el no dejarnos determinar por Jesús, que da todo el resto, comienza también por distracciones muy banales. O nos damos cuenta que una persona, un monje, una monja, no se han podido jamás encaminar hacia este sentido de las cosas de Dios porque faltó desde el principio una educación para poner el acontecimiento de Cristo en el centro de la vida y de sí mismo más que otra cosa.

Es deprimente constatar que incluso en los monasterios a veces ni siquiera los años de formación inicial, como el tiempo del noviciado, están consagrados de verdad a esto. Existe una especie de prisa por hacer otras cosas, por ocuparse de otras cosas. Pero esto viene del hecho de que con frecuencia incluso quien educa no ha sido tampoco educado para dar a Cristo un espacio de determinación más grande que todo lo demás. Cuando al comienzo no se tiene esta experiencia, es como quien se casa sin haber estado enamorado de aquella mujer, de aquel hombre, por lo que de repente los sentimientos del corazón son determinados por otro, arrastrados por otro, y, sobre todo, por sí mismo.

Así pues, es necesario empezar siempre de nuevo por una educación del yo a hacer memoria de lo que ha encontrado y le ha llamado a seguirlo. Que esta experiencia del acontecimiento de Cristo sea un trabajo sobre uno mismo y, por lo tanto, sobre la relación con todos y con todo.

En el cristianismo, cuando decimos que el acontecimiento nos determina, significa “que se encarna en nosotros”. María es el modelo de toda vocación cumplida, porque es el paradigma de una persona, de un yo, de un cuerpo, de un alma y de un espíritu, en el que el acontecimiento de Cristo se ha podido encarnar hasta el fondo, se ha podido hacer presente hasta el fondo. Es decir, con evidencia, con evidencia Suya, de Cristo. Cristo, a través de la Virgen María, ha podido manifestarse a Sí mismo con total evidencia. A través de María se ha manifestado Cristo. Y esta es la santidad. Un santo es más o menos grande en la medida en que se hace evidente en él o en ella la encarnación de Cristo, se hace manifiesta la presencia de Cristo.

Pero, paradójicamente, esto es lo que acentúa el yo de una persona, lo que la hace fascinante para los demás. En efecto, Dios no llama a dobles o maniqués para simular una presencia humana. Llama a la persona, al yo, con toda su libertad y su deseo de felicidad, por lo tanto, de realización de sí mismo.

San Benito pide esto desde el principio hasta el fin, y esto quiere decir desde el “yo” de cada persona que se siente llamada y quiere seguir su vocación. A la puerta del monasterio, San Benito pide que venga a llamar un hombre, un yo, un yo que venga con todo su ser, sin censuras, y, sobre todo, que venga sediento de vida y de felicidad (cf. RB Pról. 15), porque si uno no quiere la vida y la felicidad no quiere a Cristo, no quiere en él la encarnación de Cristo. En efecto, Cristo se encarna para dar cumplimiento a la vida y a la felicidad de cada hombre.

Cuando Jesús nos llama a seguirlo, en realidad viene a responder al deseo de vida y de felicidad que llevamos en nuestro corazón. Sintiendo una vocación, el corazón humano emerge como de las olas del mar para manifestar que existe, y que existe justamente como una petición de vida, como una petición de salvación. Entonces es cuando se afirma en el hombre el yo, una identidad, su ser persona.